

jo de la Alta Extremadura, al que Dios dé la gloria merecida y nosotros, la súplica al lector de una oración por su Alma.

RICARDO BECERRO DE BENGOA

## Francisco Belmonte y Romero

El día 12 del pasado mes de Marzo falleció en Madrid el ilustre abogado y muy querido colaborador de ALCANTARA, D. Francisco Belmonte y Romero. Su muerte ha sido sentidísima porque el finado, merced a su carácter bondadoso y a su ejemplar caballerosidad, gozaba de general simpatía y estimación entre sus numerosas amistades.

Era hijo de D. Federico Belmonte, ex-gobernador civil y jefe del partido conservador de nuestra provincia, en las postrimerías del siglo XIX y principio de la centuria actual.

Si en el foro ocupó lugar muy elevado, por su profunda formación jurídica y su elocuencia, no fueron menos sobresalientes sus actividades literarias.

Dirigió *Alma Extremeña* y colaboró asiduamente con el seudónimo de *Higinio de Balmaseda*, en la prensa regional.

Poesías suyas como *La Calumnia*, reproducida en las páginas de nuestra revista, merecen puesto de honor en antologías y florilegios nacionales. Tal la inspiración, la elevación de las ideas, el sentimiento y las bellezas de forma que atesora esta composición brillantísima. Así lo hizo notar ya D. Publio Hurtado en su obra *Ayuntamiento y familias cacerenses*.

Belmonte era uno de los hombres de más ingenio que ha conocido Extremadura. Cualidad tan admirable, unida a una sólida cultura y a un trato exquisito y señoril, hizo de nuestro ilustre paisano un conversador sin par. Sus agudezas y donaires, su profundo conocimiento de las personas y de las cosas, su palabra fácil y amena, granjeáronle siempre el interés y la atención de cuantos le conocían y trataban.

Fué Diputado Provincial y Delegado de los Establecimientos Benéficos de Cáceres. Tanto su gestión política, como sus actuaciones al frente de cargos relacionados con la cultura; sus conferencias en Ateneos y centros académicos, y su labor profesional en los estrados de Cáceres y Madrid, estuvieron inspiradas en todo momento, por el saber y la honestidad más ejemplares.

A la viuda del finado, Doña María Teresa Rodríguez Morales, a su hermana Doña Carlota Belmonte, viuda de Cabrera y a su tía y primos los Sres. de Romero, hacemos presente nuestro más sentido pésame.

LA REDACCION

## ANTONIO FLORES MORENO

Bien entrada la noche llegó a Zafra, con la urgencia, esta vez dolorosa, de tener que marchar por la mañana rumbo a Andalucía. Porque en Zafra, su cuna, está la tumba de este gran amigo; el más entusiasta, el más fiel, el más exaltado extremeño que conocí en mi vida. Amaba a la tierra madre con todas las potencias de su alma. Todo lo extremeño—personas y cosas—eran para él virtud viva, esencia gloriosa que no admitían discusión.

En los cuarenta años que vivió en Madrid, actuó siempre como Adelantado voluntario de Extremadura, extraoficialmente, pero con altura y hondura y sacrificio. No hubo extremeño en la capital que, en su presencia, no se sintiera más extremeño todavía. Irradiaba—en contagio confortador—los jugos más ricos de la tierra: su clima florecido, en cordialidades y su entraña robusta de sinceridad.

El sirvió a todos como ninguno le sirvió a él. Su corazón iba detrás de cada uno de los paisanos para mostrarse cuando le necesitara; y en cambio, cuando era su dolor el que podía necesitar consuelo, nos lo ocultaba siempre para evitarnos su amargura... y acaso también por evitarse desengaños conociendo nuestra psicología. Le dolía más el fallo de un paisano que todos sus dolores, y le temblaban las raíces alumbrar la ocasión de ponernos a prueba. Deseaba vernos siempre como nos quería: elevados en cuerpo y alma, prototipos de todas las grandezas. Nos quería tanto que aunó en cada extremeño a toda Extremadura.

La primera casa extremeña que conoció Madrid, a su iniciativa se debió. Y cuando se hundió aquel amor suyo, le costó una enfermedad como si los escombros le cayeran encima.

No hubo escritor ni artista extremeño que llegara a Madrid sediento de gloria, que no encontrara en él su mejor heraldo. Hasta cuando Campón presentó en la capital su pintoresca candidatura a Diputado a Cortes colgando a su ilusorio partido la divisa de «Etiestético», vi a Antonio Flores a su lado en las propagandas callejeras y estrepitosas del gracioso bohemio, dispuesto a defenderle hasta la muerte si llegaba el caso. No pudieron sus razones disuadirle de aquella locura, y él no sabía abandonar a un paisano en trance de riesgo.

Y si Chamizo tuvo flores y versos en su tumba en el primer aniversario de su muerte (ausente su familia de Madrid) fué porque tres